BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA
www.cervantesvirtual.com

MICHELINE DUSSECK

Ecos del Caribe

[Fragmento]

Edición impresa

Micheline Dusseck, *Ecos del Caribe* (1996)

En

Micheline Dusseck (1996) *Ecos del Caribe*, Barcelona; Lumen. (pp. 198-207)

Edición digital

Micheline Dusseck, *Ecos del Caribe* [Fragmento] (2015)

Lourdes Rubiales Bonilla (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Noviembre de 2015

Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) dirigido por Josefina Bueno Alonso.

Ecos del Caribe
Micheline Dusseck

Aquel octubre de 1945 había empezado con lluvias. Lluvias abundantes, torrenciales, pertinaces, nefastas para la gente, los animales y el campo. Llovió durante una semana entera, a chorros compactos, que caían en vertical desde la espesa capa de nubes, azotando la tierra con un rugido ensordecedor. Las primeras gotas habían sido recibidas como una gracia, una bendición del cielo. Los jóvenes y los niños salían a bañarse con un pedacito de jabón que se resistía a soltar espuma. Pero enseguida empezó a soplar el viento con una violencia terrible. La gente se había tenido que refugiar en sus hogares, después de recoger precipitadamente todo lo que podían guardar en casa, algunos pequeños animales, algunas provisiones, con la resignación propia de la gente del campo ante su impotencia frente a las fuerzas de la naturaleza. Luego, poco a poco, el viento fue dando paso a una lluvia copiosa, monótona e interminable, que flageló la campiña durante varios días y noche. El río se había desbordado y convertido en un torrente de aguas oscuras y tormentosa carrera a través del campo. Desde las puertas de las chozas, la gente miraba con inquietud cómo subía progresivamente el nivel del agua. Había desaparecido el suelo de sus alrededores y las chozas parecían islotes o frágiles barquitos. El sendero se distinguía del resto de ese universo cubierto de agua por ser el único sitio donde no se estancaba sino que fluía veloz la corriente, como un pequeño y tumultuoso arroyo, llevándose a su paso frutas podridas, animales muertos, árboles enteros arrancados por el temporal, muebles y otros objetos. La gente hablaba del paso de un posible ciclón habitual en esa época del año, pero no había manera de informarse porque era imposible salir de las casas. Se asomaban a sus puertas y desde allí a gritos se comunicaban con los vecinos más cercanos, o en caso necesario salían y andaban a tientas en las aguas negruzcas, que les llegaban en algunos sitios hasta medio muslo. Pero la mayoría se lo tomaba con calma. ¡Estaban tan acostumbrados a hacer frente a desastres y sinsabores! Cada uno buscaba cómo pasar el periodo de inactividad forzosa. Célimène, que al principio se mostraba contrariada, se decidió a aprovechar el tiempo para acercarse un poco más a sus dos hijas, Rose-Marie y Sandrine. Olvidó su mal humor del primer día y desterró algunos juegos de su infancia, para enseñarlos a sus hijas, y mientras el trueno sacudía la chabola y las trombas de agua amenazaban con inundarla, las tres jugaban a los huesitos y a la casita; Joseph encontró un viejo juego de cartas y pasó el tiempo haciendo solitarios. En su chabola, justo en frente, Simone estuvo largas horas desenredándose el pelo. Luego pensó en remendar algunas prendas, pero cambió de idea al recordar que el imán de la aguja podría atraer al rayo. Se dedicó, pues, a rebuscar entre sus pertenencias y a poner un poco de orden. Encontró una vieja pipa de tierra cocida, medio

quemada por el uso de un propietario que la había perdido. Aspiró del canuto. Tiraba, pero estaba vacía.

Se asomó entonces a la puerta.

– ¡Joseph! ¡Joseph Ohooo!

– ¿Qué quiere, Man Simone? –le contestó gritando el interpelado.

– ¿Tienes un poco de tabaco?

– No tengo, ….Céli, ¿para qué querrá tu madre el tabaco?... Ahora que lo dice, bien echaría yo algunas caladas.

Y se puso a buscar en sus bolsillos, en su macuto. Al final encontró en la caja de costura de su mujer dos puros resecos.

– ¡Oye, Man Simone! ¿Te vale un puro? –gritó en dirección a la choza de enfrente desde la silla donde plácidamente trataba de encender un cigarro.

A la contestación de su suegra, lo lió bien en un trapo y se lo tiró. No acertó y el paquete cayó en el agua a un metro de Simone, que agarró rápidamente una vieja escoba y con el palo consiguió acercarlo antes de que se lo llevase la corriente. Después, se sentó en el suelo, estrujó un trozo de cigarro con el cual rellenó la vieja cachimba. Luego procedió a encenderla. "¡Qué rico está!" Un acceso de tos la sacudió entera, pero siguió fumando y así se entretuvo durante el tiempo que duró el temporal y el resto de su vida. Pronto se fue acostumbrando Lamercie a notar su presencia en la choza por las bocanadas de humo. Y en la oscuridad de las noches, sabía cuando no dormía, porque veía la lumbre de su pipa moverse de un lado a otro, avivarse o mitigarse, y la presencia muda de su madre alejaba los fantasmas que le acechaban en las tinieblas.

Después de unos días dejó de llover. Disminuyó poco a poco y luego cesó completamente, al tiempo que la luz del sol, que había desaparecido días enteros, alegró de nuevo la campiña. La capa de nubes negras se fue blanqueando y acumulándose en grandes masas de algodón detrás de las montañas, y en el cielo azul apareció el arco iris, signo de liberación. La gente salía de su encierro involuntario pero todavía con dificultad, ya que la llanura se había convertido en un vasto lodazal. Pero las necesidades obligaban a recorrer el campo, la ropa remangada hasta medio muslo, las piernas embadurnadas. El río llevó durante semanas aguas sucias y todavía no servía para lavar la ropa. Joseph, que ganaba habitualmente algún dinero arreglando zapatos con los dedos que le quedaban, era el único que salía de casa en los primeros días. Aunque el negocio no funcionaba, había que moverse para ganar de alguna manera el sustento. Durante los días de lluvia, habían consumido los pocos recursos de la familia, las mazorcas de maíz secas colgadas en la parte superior de las puertas, como acostumbraban a hacer los campesinos para incitar la fecundidad de la tierra. Los habitantes de la aldea habían sobrevivido también gracias a las frutas de un árbol del pan destrozado por el viento, que fueron pescando mientras bajaban llevados por la corriente. Simone se asomaba y miraba su

pequeño cobertizo destrozado por el vendaval. Lamercie contemplaba de lejos la naturaleza desolada, quieta y extenuada.

Se hablaba de los desaguisados producidos por el mal tiempo: las tumbas del cementerio abiertas, la campana de la iglesia arrancada, el mercado destruido, las siembras y cosechas arruinadas, varias familias sin techo. Joseph, de vuelta de una de sus salidas, trajo la mala noticia: la casa grande donde vivían Fanny, Marie y Lourdes con una hija algo tonta que permanecía a su lado –los otros se habían marchado a buscarse la vida por otras latitudes–, se abrió en lo más fuerte del temporal como una nuez de coco con un hachazo certero. Fanny, que intentaba desesperadamente salvar algunas pertenencias que desaparecían rápidamente en los molinos de las aguas fangosas, perdió pie y se hundió en cuestión de segundos, sin que nadie pudiese hacer nada para salvarla. "¿Por qué tanto dolor, Dios mío?", se lamentaba Simone, el rostro bañado en lágrimas, mientras andaba con dificultad por el sendero embarrado, para ir a socorrer a su cuñada Lourdes, que sabía perdida sin su hermana. Encontró a las dos mujeres refugiadas en el viejo establo, donde, en tiempos de Boss François, guardaba el ganado, orgullo de la familia. Era un sitio demasiado insalubre para vivir seres humanos: el techo tenía numerosas goteras por las que se colaba el agua que, luego, al mezclarse con el estiércol, formaba una masa pestilente donde se multiplicaban a placer gusanos y numerosas larvas de insectos durante años de abandono. Optó por invitarles a su propia casa. En el camino de regreso, Simone se iba cruzando con varios conocidos a los que saludaba, y todos se lamentaban de alguna pérdida pero, por suerte, salvo casos aislados como el de Fanny, las desgracias personales eran escasas.

Fue el momento que eligió Lamercie para ponerse de parto. Cuando volvía Simone con sus invitadas, enteramente manchada de fango, escuchó desde lo que era el sendero unos lamentos casi imperceptibles. Apresuró el paso adivinando lo que estaba pasando. Tendida en su estera estaba su hija, entre algunos trapos empapados del líquido sanguinolento que manaba de su cuerpo, los ojos en blanco, el rostro alterado por el sufrimiento y el miedo.

– ¡De prisa, Célimène, Joseph, venid! –se puso a gritar a pleno pulmón–. ¡Avisad a Charité!

Tardó más de una hora en llegar Charité, que encontró a su comadre alarmada y quejándose como si fuera ella la parturienta. Lamercie permanecía callada, pero en su rostro, y por el temblor que agitaba su cuerpo, se adivinaba el miedo que estaba pasando. Intuía que había llegado el momento que tanto temía y, recogida en un rincón oscuro de la chabola, parecía un animal acorralado.

Fue un parto muy laborioso, sobre todo porque la futura madre no colaboraba. Todos los asistentes empujaban menos ella. Además, no dilataba. Charité sudaba, Simone rezaba, Célimène lloraba y Joseph paseaba fuera de la choza, dejando la explanada como si la hubiera recorrido una manada de bueyes. Después de varias horas de inquietud, cuando Charité ya empezaba a desesperar y dudar de su saber hacer, en el último intento, palpó a la paciente y notó que había dilatado bastante. Incluso creía estar tocando la coronilla del feto.

– ¡Eso marcha, niña! Venga, sé valiente.

Se reanimó Simone, que se adormilaba sentada en un rincón. Célimène sacaba los trapos manchados y traía otros limpios desde su casa, y más agua caliente.

– ¡Eso marcha, Lamercie! –decía Charité–. ¡Empuja!

Pero Lamercie miraba a unos y a otros, temblando, temblando, sudando, pero se negaba a colaborar.

– ¡Bien, muy bien! –decía la matrona para animarla.

Pero el tiempo pasaba, Simone había vuelto a dar cabezadas, Joseph ya se había ido a dormir, Célimène bostezaba, la claridad que se iniciaba entre las ramas de los árboles insinuaba la pronta llegada del alba. Incluso al fuego de leña donde hervían agua continuamente amenazaba con apagarse, como síntoma del agotamiento de todos. La parturienta también estaba extenuada, al límite de sus fuerzas. Charité notaba además cómo se agitaba el bebé y pensó que estaría sufriendo la criatura, pero poco adelanto veía ella en las labores del parto. Agarró entonces un tizón, sopló vigorosamente encima para apartar la ceniza y avivar el fuego. Luego, apretando los dientes, gritó mirando a Lamercie fijamente a los ojos:

– ¡Empuja, te he dicho que empujes! –al mismo tiempo que aplicaba con una mano firme el palo incandescente en pleno perineo de la chica. Lamercie lanzó un alarido salvaje, quebrando la quietud reinante, un "¡Aaaah!" sostenido y rotundo. Simone dio un brinco y se puso de pie. Se acercó Célimène apresuradamente. Lourdes y su hija, que estaban durmiendo, se sobresaltaron.

– ¡Deprisa, ayudadme, que sale! –gritó Charité.

Salió el bebé de una sola vez, deslizándose entre las manos de Simone, que lo recibió con cuidado en un paño que le tendió Célimène.

– ¡Es una niña! ¡Qué bonita! Mira Lamercie. ¡Es tu hija!

Lamercie sonrió y su madre, que la miraba con ternura, soltó una última lágrima, esta vez de gratitud por ese milagro de la vida que se repetía en su humilde morada.

– Tengo guardada alguna ropita de mis niñas. Ahora la traigo –dijo Célimène, que corrió hacia su choza–. ¡Rose-Marie! ¡Sandrine! Venid a verla. La tía ha tenido una niña. Tenéis una primita preciosa.

Después del esfuerzo desplegado, Charité se dejó caer en una silla. Había cortado el cordón umbilical, había limpiado tanto a la madre como a la hija. Ya era completamente de día y podía dormir tranquila, con la satisfacción de haber cumplido una misión sagrada. También Lamercie se había deslizado poco a poco en un sueño reparador. La abuela y la tía Célimène se afanaban en silencio, ordenando el interior de la casa.

– Qué bien huele de pronto, Céli –dijo Simone a su hija mayor–. Huele a flores, a jazmines, a hierbabuena, a rosas. Es como cuando Erzulie Fréda Dahomey nos visita. ¿Estará su espíritu rodeándonos?

– Es verdad, mamá. Huele a perfume caro.

– Debe ser un mensaje… Sí, la niña la llamaremos Erzulie, en honor al loa.

– ¡Mamá, por favor! ¡Con los nombres tan bonitos que ponen ahora a las niñas! Llamémosla Marlène, Nicole, Monique, incluso Micheline.

– No Céli, la llamaremos Erzulie. Presiento que la niña está reclamada por el loa Erzulie Fréda Dahomey, la mujer-flor, la mujer-vampiresa, la diosa del amor, que sabe conquistar a los hombres para conseguir riquezas y poder. Bajo su protección, la niña, ya verás, sabrá encontrar su camino para salir de la miseria que está acabando con nosotros. Ya ves, a pesar de mis esfuerzos por apartaros de nuestra miserable existencia de paletos, en este campo cada vez más pobre, mira, ¿te das cuenta de que tanto tú como tu madre, habéis vuelto a la orilla del río, a vivir a mi lado, como si fuera yo un banano que atrae a sus hojas?

Pero cambió de tema de pronto y, en un arranque de buen humor, se puso a bailar y a cantar como si estuviera en medio de una ceremonia de vudú.

Erzulie te saludo
Dueña de mi casa, te saludo
Hija de Dambalah la culebra
Bella mujer

Su hija Célimène le hacía coro tocando las palmas y puntuando cada acción con un:

– ¡Aibobo!

Una voz, desde fuera, y unos pasos les hicieron callar. “¡Honor! ¿Dónde está mi gente?”, decía aquella voz de hombre, que luego se oyó refunfuñar por el barro del sendero que ponía en peligro la integridad física de cualquiera.

– ¡Respeto! –contestó Simone en voz alta, y luego preguntó a su hija mayor–. ¿No parece la voz de tu hermano Polidor?

Salieron las dos. En efecto, era Polidor que había vuelto de su larga estancia en Cuba. Las dos mujeres, dando gritos de alegría, corrieron a su encuentro. Venía acompañado de un carretero, que llevaba en su vehículo sus dos maletas, unos cuantos paquetes y otros objetos diversos. Levantó a su madre, a la que abrazó y besó. Luego hizo lo mismo con su hermana.

– Espera, voy a llamar a tu mujer. ¡Altagracia, ven!

Altagracia se asomó a la puerta de su chabola y quedó boquiabierta cuando vio allí a su hombre, elegante como un diputado, embutido en un traje beige claro y una camisa celeste, tocado con un sombrero de fieltro y cuidando sus pasos para no manchar sus zapatos de charol relucientes.

– ¡Polidor, Polidor! –repetía–. ¡Niños, venid deprisa, que ha vuelto vuestro padre!

Virginia, la mayor, que había cumplido cinco años, salió corriendo, seguida de las dos gemelas, dos deliciosas negritas de tres años. Altagracia cogió en brazos a su hijo varón, que tenía unos quince

meses y había nacido en ausencia de su padre. Todos se reunieron en casa de Simone, donde el carretero fue descargando los numerosos bultos que traía Polidor, y desde su lecho Lamercie escuchaba el barullo que formaban con sus preguntas al recién llegado, los achuchones que se daban unos a otros, los besos, las risas, las ruidosas muestras de emoción y de cariño. Todos hablaban a la vez. Simone preguntaba a su hijo por su salud. Altagracia, por cómo se las arregló allí en tierra lejana para comer y lavarse la ropa. Joseph preguntaba por las posibilidades de instalar allí una zapatería. Célimène quería información acerca de la gente que vive en aquellas tierras.

Los niños miraban, tocaban a ese hombre, que les decían que era su padre o su tío y que era tan guapo.

– ¿Qué te decía yo, Céli? –dijo Simone–. Esa niña es una afortunada. Hijo mío, es el espíritu de Erzulie que te trae de vuelta a casa porque aquí las cosas nos van cada vez peor. ¡Ven acércate! Mira a tu nueva sobrina. Acaba de nacer hace apenas unas horas.

– ¡Es mi hermanita Lamercie! –exclamó Polidor–. Si hace poco era todavía una mocosa y ya es madre. ¡Cómo pasa el tiempo! Bueno, y tu hombre, ¿dónde está?

–No sabemos, hijo. ¡Ay, si supieras nuestro calvario con esa hermana tuya! Desde que llegó aquí, no hemos podido sonsacarle ni una palabra, ni una explicación. Por poco la perdemos.

– ¿Y no hablaste con sus antiguos patrones? Yo iré a verlos.

– ¡Vamos! –cortó Simone, apartándose con su hijo–. Polidor te tengo que sermonear un poco. Gracias a Dios y a la suerte, sabes leer y escribir, y ya veo que las cosas no te han ido muy mal. Nos has tenido con el alma en vilo, ¡podías haber escrito por lo menos una carta y enviado algún dinerito a tu mujer! Espero que ahora, que has vuelto, te portarás mejor con ella. Es una buena chica, dócil, hacendosa y virtuosa. ¡Hijo, no seas como tu abuelo Boss François, que en paz descanse, que era el hombre más mujeriego que he conocido, aunque, en honor a la verdad, siempre cumplió con los suyos!

En la otra habitación de la choza, Célimène y Altagracia deshacían los bultos del recién llegado. Había ropa para las mujeres y las niñas, mucha de segunda mano pero en buen estado, algunas demasiado estrambóticas para unas campesinas como ellas. Se reían al probarlas, preguntándose en qué estaría pensando Polidor cuando las compró. Había traído también algunos víveres, que fueron bienvenidos en aquellos momentos de penuria y de inactividad. Fue particularmente bien recibida una botella de licor, que guardaron para el bautizo de la recién nacida. También había pan y chocolate en abundancia, para todo el mundo, un bote de mantequilla, un saco de arroz, una bolsa de leche en polvo, una lata de aceite de oliva, dos arenques y un trozo de bacalao. Simone coló una buena cantidad de café para todos y presidió un delicioso desayuno familiar. Agradeció aquel momento de dicha tras tantas horas de angustia a todos los seres invisibles que desde el más allá y también en el mundo de los vivos guiaban sus pasos y protegían a sus hijos, echando tres chorros de café en su honor en el umbral de la puerta. Polidor se retiró pronto con su mujer a su choza, prometiendo

satisfacer, en cuanto hubiese descansado, la curiosidad de su hermana y su cuñado, que no paraban de hacerle preguntas acerca de su viaje y su estancia en el extranjero.

– Mamá, dile a Lamercie que me gustaría ser el padrino de su pequeña –dijo mientras se alejaba con Altagracia.

Nadie imaginaba en aquel momento la tragedia que traía consigo Polidor.